

UNA LECTURA DE ORTEGA*

ARNAU, Juan: *Ortega contra el racionalismo*.
Barcelona: Espasa-Editorial Planeta, 2025,
222 p.

TOMÁS DOMINGO MORATALLA
ORCID: 0000-0002-3237-9540

Tenemos en nuestras manos un libro sobre Ortega, lo cual es un placer y una alegría. Un placer, pues el libro busca recoger y acercarnos el estilo orteguiano y, también, una alegría, pues supone un esfuerzo encomiable de llevar a cabo una labor necesaria de divulgación de un pensamiento vivo, tan vivo.

Una de las tareas fundamentales de la gran filosofía que no quiere ser sólo académica es dar el salto al gran público, es decir, la tarea de la divulgación. La filosofía no se hace para ser repetida en la academia, sino para que llegue a todos. Ahora bien, la gran pregunta que no podemos dejar de hacernos es cómo divulgamos, cómo hacer esa tarea de divulgación.

Este interés se duplica cuando el filósofo sometido a la tarea de divulgación y apertura al público es nada menos que Ortega, quien hizo de la divulgación, de la transmisión de la cultura y de la filosofía, el ejercicio de su vocación. Cuando la filosofía, y una

vida, como sucede con él, busca educar a un pueblo, el estilo, las maneras de hacerlo, no son baladís, sino cruciales.

¿Cómo transmitir al gran transmisor que fue Ortega? ¿Cómo divulgar al gran maestro de la divulgación, a un artífice del concepto, a un mago de las ideas? Juan Arnau, profesor de filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, acomete esta tarea. Se trata, “simplemente”, de un libro sobre Ortega, pero claro, es consciente de tamaña empresa y precisa su alcance: nos ofrece “su” visión de Ortega, su perspectiva, y para ello destaca un aspecto que considera, que considero yo también, clave: la crítica orteguiana al racionalismo. *Ortega contra el racionalismo*, así reza el título de la obra.

Físicamente nos encontramos con un pequeño libro, muy “manejable”, relativamente pequeño, bien editado, y de lectura sencilla, amable. Busca la sugerencia y así imbuirnos, de alguna manera, en el espíritu orteguiano. Es consciente el autor de que se trata de una perspectiva, una entre otras muchas posibles.

Se nos propone “una lectura de Ortega”, leer a Ortega; tarea fácil, por un lado, pues el propio Ortega no requiere grandes introducciones para sumergirnos en su lectura, pero difícil, por otro, pues corremos el riesgo de quedarnos presos de la perspectiva que se nos ofrezca.

En esta lectura los objetivos son claros. En primer lugar, se pretende presentar a Ortega desde su aportación a la filosofía de la ciencia; en segundo lugar, como un filósofo definido en buena medida por su antirracionalismo

* Este trabajo se enmarca en el proyecto ORTEGA-CM: “Proyecto interdisciplinar de innovación tecnológica aplicada a la investigación, difusión y transferencia del legado de José Ortega y Gasset”, PHS-2024/PH-HUM-57, financiado por la Comunidad de Madrid.

Cómo citar este artículo:

Moratalla, T. D. (2025). Una lectura de Ortega. Reseña de “Ortega contra el racionalismo”, de Juan Arnau. *Revista de Estudios Ortegaianos*, (50), 207-210.
<https://doi.org/10.63487/reo.154>

Revista de
Estudios Ortegaianos
Nº 50. 2025
mayo-octubre



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

y, en tercer lugar, en resonancia con el pensamiento oriental. Comentaré brevemente estos objetivos, dando cuenta al mismo tiempo del desarrollo del libro para, finalmente, ofrecer algunas notas críticas que buscan sobre todo subrayar las cuestiones que estimo fundamentales y que este libro nos impulsa a pensar.

El libro se articula en siete capítulos, un preludio y un epílogo. La distribución de contenidos y número de páginas es dispersa y desigual. Tras el “preludio”, donde se hace una breve presentación del enfoque de la obra, se da paso al primer capítulo, “Vida y filosofía”, el más largo del libro, que ofrece un completo recorrido por la vida y filosofía orteguianas, para lo cual el autor echa mano de las dos biografías más importantes escritas en los últimos años sobre el filósofo madrileño, la de Javier Zamora Bonilla y la de Jordi Gracia. El recorrido es amplio, sugerente, y las reflexiones sobre el proyecto orteguiano son muy oportunas. Desgrana los grandes temas orteguianos. Es muy oportuna la insistencia en la influencia de Nietzsche, la presencia de la fenomenología, el intento de superar el idealismo sin caer en el realismo; se señala atinadamente algo que brillantemente Juan Arnau señalará en diferentes momentos de su escrito: la “nueva sensibilidad” que rezuma la obra orteguiana. El recorrido por los grandes nombres que jalonan la vida y obra de Ortega se traza con vigor; a veces tan solo son alusiones, pero suficientes para situarnos en el complejo mundo orteguiano.

El segundo capítulo, “Primeros pasos”, recuerda la formación neokantiana y pasa a señalar su superación

con la ayuda de Brentano y de la fenomenología. Se subraya en este primer momento la centralidad de *Meditaciones del Quijote*. Y no se deja de insistir ahora, como en toda la obra, en la falta de sistema del pensamiento orteguiano, y su persecución en muchos momentos de su vida. Juan Arnau considera crucial, y comparto el gesto, *El tema de nuestro tiempo*. Aquí se encuentran algunos de los grandes temas orteguianos, como es el de la “perspectiva”. Ortega esta cuestionando el utopismo, el racionalismo y el cientificismo. No es válido el racionalismo, ni tampoco el relativismo. Y frente a uno y otro, el realismo vital, el perspectivismo. Esta es precisamente la clave de lectura que se nos da: la crítica al racionalismo moderno, con su triunfo de lo cuantitativo, sobre lo cualitativo. La tarea que acomete Ortega es repensar de otra manera la relación entre vida y cultura a la búsqueda de “una nueva sensibilidad”. El siguiente capítulo se centra en lo que sería la propuesta orteguiana, “razón vital”, cuya clave se encuentra en su antropología filosófica, que el autor tilda, creo que oportunamente, como “antropología al modo fenomenológico” (p. 96). Tras una breve referencia a *Historia como sistema* se insiste en el descubrimiento de la nueva sensibilidad y en la necesidad de superación del racionalismo.

Los capítulos siguientes (“Filósofo de la ciencia”, “Sensibilidad y perspectiva”, “El amor es la fuerza de lo real”, “El mito de la filosofía” y el “Epílogo. Ortega y Leibniz”) son mucho más breves y recorren gran parte de los temas ya señalados anteriormente, destacando la lectura orteguiana de la física de Einstein, poniéndola en relación con Bohr y con Heisenberg. No acabo

de entender muy bien, o simplemente compartir, la importancia que se da al último libro de Ortega, *La idea de principio en Leibniz*, cuando el propio autor ha confesado, y creo que con buenos argumentos, la centralidad de otros textos como por ejemplo el muy citado *El tema de nuestro tiempo*.

Como he señalado, este pequeño libro nos ofrece un breve, rápido y sugerente recorrido por la obra orteguiana. No quiero glosarlo, tan solo invitar a su lectura. Me quisiera centrar ahora en lanzar tres comentarios críticos con el objetivo de seguir pensando al hilo de la lectura. Entiéndase como un diálogo con este texto, con los textos orteguianos y, sobre todo, con las cosas y asuntos mismos de que tratamos: la vida, nuestra vida. Los tres comentarios críticos giran en torno a la(s) clave(s) de lectura, a algunos contenidos (tesis de fondo) y a la forma de lectura.

Una de las claves de lectura que se ofrece en esta obra es la de la filosofía oriental. Se pone a Ortega en relación, en sintonía, con la tradición budista, la tradición hindú, y con algunos autores de esta tradición. Creo que la relación tiene sentido, y es pertinente y sugerente. Pero creo que hacer de ella *una clave de interpretación* es excesiva, y no tanto por lo que esta tradición sugiere, sino porque lo sugerido por esta tradición se encuentra ya también en la tradición occidental *ampliada*. Simplificando mucho: la tradición occidental no bebe solo de Parménides, también lo hace de Heráclito. Es una tradición más compleja y ambigua que las presentaciones que de ella se suelen hacer. Eso sí, el contacto con otras tradiciones hace que despertemos, recuperemos eso que también somos. Es muy sugerente y

atractiva la lectura budista-oriental; podemos aprender mucho para leer a Ortega de maneras distintas y leernos a nosotros mismos. Ahora bien, convertirlo en clave interpretativa de la aportación filosófica orteguiana es, quizás, un exceso. Por ejemplo, la idea de perspectiva puede ponerse en resonancia con la visión budista del mundo, es cierto, pero quizás tenga más sentido para interpretar a Ortega ponerla en relación con la tradición fenomenológica. La clave oriental nos ayuda a pensar y ver a Ortega “de otras maneras”, pero no nos ha de llevar a pensar que Ortega es un “budista sin saberlo”, y que le ocurra a Ortega, y a los orteguianos, lo de aquel personaje de Molière que un día descubre, sorprendido, que toda su vida ha estado hablando en prosa sin saberlo.

Uno de los temas nucleares del libro es la manera de entender la “razón vital”. Creo que no está de más, discrepando del autor, el concepto de “razón”. Afirmaría que Ortega siempre será “racionalista”, pero entendiendo la razón de “otra manera”; creo que ese es el gran esfuerzo de Ortega, y que, si bien no llegó a elaborar ese sistema, la razón vital como método (razón narrativa-histórica, etimológica, biográfica) sí se encuentra desplegada en la obra orteguiana.

La acentuación del concepto de “perspectiva”, como señala Juan Arnau, y que comparto plenamente, lleva a un acercamiento de la filosofía de Ortega a la propuesta nietzscheana y al “pluralismo hermenéutico”. Esa fuerza y potencia de este concepto (“perspectiva”) “permite una lectura hermenéutica” (p. 196), pero eso no quiere decir que, al señalar el momento creativo,

inventivo, fabulador —el momento de juego y poesía en nuestra vida—, la verdad sea (mera) invención, o ya no sea un asunto relevante o una tarea para la filosofía. Dicho de otra manera, que la metáfora conforme nuestra vida, nuestros conceptos, a la manera nietzscheana —y presente en Ortega—, no quiere decir que no haya distancia entre el concepto y la metáfora. La filosofía como hermenéutica se transforma en genealógica. El “giro hermenéutico” se convierte en insoslayable (p. 220). Y, como señala el autor, para Nietzsche como para Ortega, el filósofo trata con el arte, con la metáfora, con la genealogía, pero no “sobra la fenomenología”, como se dice en el libro, o no sobran esas tradiciones que desarrollan ese trabajo conceptual. Son, como bien se señala, “estrategias fundamentales de intelección”, pero no son la intelección misma. El filósofo interpreta la poesía, pero sin ser poeta. La tarea del filósofo no es ofrecer una perspectiva más, sino articular perspectivas; al filósofo le sigue preocupando la cuestión de la verdad. No creo que en Ortega haya una “disolución de la filosofía en las humanidades, en un diálogo continuo”. Que se nutra de ese diálogo no quiere decir que se reduzca a él. Eso sería alinear excesivamente (más allá de algunos textos o momentos) la filosofía de Ortega con una posición escéptica, relativista e historicista. La filosofía de Ortega sí es hermenéutica, pero la hermenéutica se dice de muchas maneras.

Como señalaba anteriormente, el tercer comentario crítico tiene que ver con “la forma de lectura”. Creo que se nos ofrece una lectura de Ortega viva, ágil, y que nos hace pensar, pero faltan ayudas para introducir al lector en la obra

orteguiana. Quizás no sea la pretensión de Juan Arnau la de ofrecer una introducción a Ortega, pero el lector sí lo puede entender así. Sin necesidad de acabar haciendo un texto farragoso, académico, o lleno de notas al pie, creo que sí es necesario acompañar los textos orteguianos con referencias explícitas a las obras (y, actualmente, con la edición de las *Obras completas*, es muy fácil y sencillo hacerlo). Todo el libro está lleno de textos y citas de Ortega (que le dan riqueza), pero muchas veces se pierde el contexto, el momento. Se entrelazan texto del autor y texto orteguiano y, aunque se usan siempre las comillas, en la lectura la voz del autor se mezcla y entremezcla con la de Ortega. El propio Juan Arnau lo reconoce: “En lo que aquí se recoge no hay, eso sí, ningún tipo de manipulación. Todo ha sido escrito por Ortega”, y continúa en nota al pie: “Selecciono y voy tejiendo fragmentos, como los monjes budistas hacían los retales, convirtiéndolos en túnicas, en abrigo para la vida” (p. 105). “Simplemente resalto, asocio y llevo hasta sus últimas consecuencias no solo lo que dijo el filósofo, sino también lo que silenció” (*idem*). Quizás no hubieran venido mal las referencias, como he dicho, a las *Obras completas*, alguna nota más, alguna ayuda más al lector. Se nos dirá, no sin razón, que es una lectura de Ortega y no una guía para leer a Ortega.

La lectura de este brillante y sugerente ensayo no nos ahorrará el trabajo de leer al propio Ortega. Bienvenidas sean estas lecturas, y otras por venir, que nos lanzan a seguir pensando la complejidad de nuestra vida y hacen de la filosofía un saber vivo, un saber radical, lectura de lecturas.